

ASTERISCOS

Nada agrega a la obra literaria de Federico Gana, este conjunto de *Manchas de Color*, que acaba de editarse. Inconsistentes, desteñidas, como figuras al pastel, sin nada de la tortura íntima del autor. Todo en ellas desvaído, apenas diseñado, demasiado hechas convencionalmente, para agradar, cierto gusto en boga, por aquel tiempo. Supongamos, por un instante, que de Federico Gana sólo hubieran quedado estas «manchas». Como ellas se habría borrado su recuerdo muy luego, de la memoria flúida y tornátil de los chilenos. Memoria de viento, o como si se dijera: todo escrito en el agua. . . . Pero, felizmente, mucho antes de sus «manchas», Federico Gana había escrito sus cuentos campesinos. En el cuento, el artista ponía su verdadera personalidad, su sentimiento de la naturaleza chilena, su sentido piadoso del hombre campesino. Piadoso, porque en Federico Gana primaba el hombre de la ciudad que va al campo a pasar algunas temporadas, sobre el hombre en acecho de la miserable existencia del rancho y que oye, y vé, sin intermediarios, el proceso de la aplastante realidad humana del campo.

Veo a la distancia, su negro y amplio chambergo bohemio, su largo redingote a la moda, su mostacho rubio y caído, torturado por los dedos finos y un poco amarillos en el extremo. Dedos de fumador, que se ha fumado ávidamente la vida. Ejecutoria de señor displicente, afable y bondadoso para los que iniciaban su tartajeo literario, en esta áspera república mal llamada de las letras. En la memoria, una tarde inolvidable, cuando Gana preparaba a Martín Escobar, que debía leer la noche

de ese día, un cuento en el Ateneo. Preparación larga, cuidadosa, con ironías en un bar, entre ruidos de copas, mientras se extendía sobre el mesón la sucia luz amarilla de las peras eléctricas. Martín Escobar, tímido como un niño, con su rostro rubicundo, con sus ojos de blanca córnea exagerada, con su vestón negro estrechándole el busto, ya derrengado también por la miserable letra que se vence siempre antes del plazo. Ese Martín Escobar que detenía a todo el mundo en la calle para contarle, mientras encendía un *joutard* de a veinte, el argumento de un cuento, de una novela, o de una comedia. «Fíjese que argumento para un cuento... el *despiporre*, compañero... (El *despiporre* de Martín, era la última palabra, el «macanudo» de hoy). ¿Qué se hicieron todos esos argumentos y todos esos cuentos que escribió Martín?

Gana, sonreía desde su sabiduría de hombre que lo ha visto todo y que comienza, o comenzaba ya, a ver los paisajes borrosos, la mancha definitiva en la cual iba a hundir su vida bohemia. La literatura chilena sabe que Federico Gana escribió unos cuentos admirables del campo. Las manchas son otra cosa. Muy otra cosa.

* * *

Año de muertos. Por lo menos se han editado libros de tres muertos. De don Crescente Errázuriz, de Federico Gana y de Domingo Gómez Rojas. Imposible encontrar tres figuras más contradictorias. Comenzamos el año en forma de resurrección. El poeta Gómez Rojas pertenece ya al santoral de los mártires. Fué una figura poética candorosa, sensible. Leyendo ahora, a distancia de tres lustros, su producción lírica, no se entiende la muerte del poeta víctima de una errada fantasmagoría jurídica. No aparece el rebelde, sino por excepción, en estos versos que cantan amores imposibles en un clima tibio y manso. Dice su prologuista que era un ser lleno de vitalidad para la lucha social. Pero la hue-

lla se perdió, sin duda, en esa propaganda estéril e individual que no lleva a ninguna parte, como no sea a la decepción más absoluta. Gómez Rojas, fué una víctima de las circunstancias. Se buscaba un rebelde en quien corporizar la protesta contra un gobierno de estirpe política reaccionaria, y se le encontró en ese muchacho débil, de aspecto enfermizo, con algo de permanentemente sarcástico en sus ojos frescos. Lo empujaron al primer plano, la injusticia flotante, el entusiasmo por defender la causa de los explotados y el deseo de llevar, sobre el chambergo, las plumas del luchador. Fué a dar a la cárcel y allí torturado hasta encontrar la muerte. No era capaz de defenderse, ni era capaz de hacer un mal. Gómez Rojas tenía alma de poeta y la atrocidad del proceso que lo mantuvo en prisión, como si se tratara de un feroz anarquista, hizo que la protesta general fuera acre y ruda, en todo el país. Los versos que se acaban de editar, reflejan la verdadera faz del hombre: un hombre sensible, con exaltaciones románticas, suave y elegíaco. Así son las ironías en la tierra de los ciegos.

* * *

Decía en un «asterisco» anterior, que en nuestra literatura, falta un examen de críticos. Se carece de lo que se llama un proceso de la crítica. No es tarea difícil, puesto que los críticos no han sido muchos y los períodos literarios no muy complejos. Se trataría de colocar a cada crítico en relación con la historia y con el tiempo. . . . estético. Qué vieron en las obras juzgadas; qué olvidaron de ellas. Cómo sintieron el problema de la obra de arte, si es que lo sintieron. Qué reacciones experimentaron del punto de vista de sus ocultas pasiones políticas o simplemente personales. Si fueron simples agentes de policía literaria o fueron temperamentos intuitivos, con sensibilidad y dominio de facultades creadoras. Cómo comprendieron, si es que lo lograron o intentaron, los fenómenos de transformación

de nuestra sociedad, reflejados en las escasas obras artísticas nacidas de tales períodos. Cómo sintió el crítico a los hombres de su tiempo; cómo los siente hoy. Sus contradicciones derivadas de posturas circunstanciales. Sus odios, sus pasiones, sus simpatías instintivas, sus repulsiones igualmente instintivas. Todo esto serviría para dar una continuidad crítica a este carrusel literario en que hoy vamos girando, repleto de voces y gritos estridentes e inconexos. La novela, el cuento, la poesía, saldrían ganando con este examen de críticos. Y también los lectores desorientados, esos lectores con más cultura de la corriente, que suelen leer a salto de mata y sufren un mal parecido al de la indigestión.—OBERON.